

Turbocrónicas

MARCO AURELIO CARBALLO

Los hombres duros no bailan

Lamento, estimado Jesús, no haber estado la noche del sábado en casa. Fui a una comida y regresé de madrugada. Ya te imaginarás. Vi el recado que tomó uno de mis hijos. Pero no te llamé porque era demasiado tarde, o temprano, según se vea. Como a las nueve del domingo, mi hijo estaba en espera de que terminara de bañarse el otro hijo, el mayor. Me confirmó el recado y dijo que le preguntaste si él sabía lo que era la literatura iconoclasta. Él lo ignoraba. Mi hijo menor estaba tumbado en su cama leyendo una novela de Stephen King. Esa literatura, le dije, era de terror. Pero Un guardián en el centeno, de J.D. Salinger, podía ser iconoclasta. Cuando vi los diarios entendí los motivos de tu llamada. Había muerto Norman Mailer (1923-2007). Desde luego, su literatura podía calificarse de iconoclasta. Le tupió duro a iconos de su país, en los libros y en su vida huracanada, por su relación con otros escritores y con media docena de mujeres. Amaba la violencia y la ejercía.

Me gustó su novela *Los hombres duros no bailan* y en *Vida real del artista inútil* le hago un homenaje en los diálogos. El mamotreto se llamaba *Parranderos* pero no le gustó al editor. Ellos buscan títulos atractivos para vender los libros. Yo había hecho una lista extensa, y fui eliminándolos hasta quedarme con *Parranderos*. No se me ocurría otro. Aparte nunca me he sentido seguro en materia de títulos. Ni de títulos ni de nada. Al tomar la decisión, procuro no buscarle más porque ya le he

buscado lo suficiente. En otra editorial presenté una novela como *Palomita* y se la cambiaron a *Mujeriego*.

Incluso ni José Pagés Llergo ni Hernán Lara Zavala aprobaron el de mi primera novela. Pagés me dijo que recortara *Polvos ardientes de la Segunda Calle a La Segunda Calle*. Pero dejé todo en manos del editor. Si éste sugería cambiarlo iba a pedirle que propusiera posibles títulos. No lo hizo y quedó como estaba. El editor de *Parranderos* propuso obtener propuestas de las páginas de la novela. Cuando dijo ya lo tengo, tu novela debe llamarse *Los hombres duros no bailan*, me desconcerté. Primero porque sin duda es un buen editor y había hallado un título bastante atractivo. Segundo porque igual que Norman Mailer el editor era neoyorkino y judío! ¿Cómo es que...? Se lo dije. El editor, más seguro de sí mismo que yo, ni se mosqueó, pero pidió que le faxeara la portada del libro de Mailer. La siguiente vez sugirió *Vida real del artista inútil*. En *Parranderos* aparece una cita de R. L. Stevenson (1850-1894). Ahí afirma que un artista inútil podría ser buen panadero. Acepté y así quedó para siempre.

Norman Mailer tomó el título de un diálogo de su novela en el cual una rubia alta y hermosa invita a un mafioso a bailar y él contesta: "*Los hombres duros no bailan*". Mailer le puso el título, supongo, y no su editor. Luego, como todos los duros sabemos, lo sabía Graham Greene (1904-1991), en el fondo somos sentimentales y emocionales.

Norman Mailer y Truman Capote cultivaron la no ficción y el nuevo periodismo. Permíteme comentarte, Jesús, que ese etiqueta se aplica de manera recurrente. El nuevo periodismo

ha existido desde Daniel Defoe (1660-1731). Se trata del uso de los instrumentos narrativos en géneros periodísticos como la crónica y el reportaje. Por cierto al chileno Roberto Bolaño (1953-2003) le preguntaron por qué mezclaba en sus novelas nombres de gente conocida con sus personajes inventados. Dentro de quinientos años, contestó él, nadie sabrá si existieron o no existieron en realidad.

Rulfo ¿cacofónico?

Después de nuestro encuentro en el Taller de Narrativa, Juan Carlos, he estado reflexionando acerca de dos aspectos de tu intervención inusual. En el primer caso reaccioné con demasiada vehemencia, creo, y acaso estresado por mi reciente estancia en la gran urbe. Pero también porque no esperaba esa especie de defensa que hiciste de las cacofonías, mostrándolas subrayadas en uno de los dos únicos libros de Juan Rulfo. Ni siquiera me fijé en si era Pedro Páramo o el primer cuento de El Llano en llamas. Sí recuerdo que se trataba de la primera página. En otros talleres he tenido experiencias parecidas. Una señora empleada de una dependencia burocrática me interpeló en la sesión del Taller para esgrimir su defensa del uso de los adjetivos. Si García Márquez usaba adjetivos ¿por qué ella no podía emplearlos? Otro compañero mostró la traducción de El guardián en el centeno, en la cual J. Sallinger usa “guy” en inglés pero en español aparecía como la palabra “tío”. Tu otro ejemplar, el Ulises de James Joyce, traducido quién sabe si al español de España o al español de Argentina, me negué siquiera a echarle un vistazo. Si estaba de por medio el traductor, iba a ser difícil establecer si Joyce cometía los errores a los que está expuesto cualquiera. No son dioses.

Borges presumía de que llegó a escribir tan bien que dejaba a propósito algunos errores para no dar la impresión de que era genial como un robot genial. Si uno parte de la sospecha generalizada de que no hay texto perfecto puede uno respirar tranquilo después de hacer el número de correcciones determinado. Tantas como lo reclame el espíritu de perfeccionista que anide en uno. Pero de ninguna manera se justifica echar mano del sobado refrán de que el mal de muchos debiera ser consuelo propio. Las cacofonías son un defecto común y debiera ser obligación de todo escritor erradicarlo. Me gustaría

llevarte la última versión de los libros de Rulfo y compararla con la que tú posees. Rulfo limpió sus textos e hizo desaparecer errores repetidos edición tras edición, afirman los editores. Quizá en esa última haya eliminado las cacofonías descubiertas por ti. Como te dije, tu avance en el Taller es obvio porque ahora lees con mayor espíritu crítico y con conocimiento de causa.

Respecto a que no te gusta leer a autores modernos resulta preocupante. Si la lectura es un proceso que te lleva de ciertos autores a otros de lectura difícil quizá haya por ahí una laguna. A lo mejor hiciste el intento de saltar al cuarto o quinto nivel sin pasar por el segundo y tercero. Es el problema del autodidacta. Los programas de estudio están hechos para que el alumno avance de forma gradual de autores de una época a otra reciente hasta llegar a la actual. También estudian las estructuras simples y las complejas. El autodidacta termina por hacer lo mismo, pero tras muchos rodeos. Es decir debes leer mucho y de todo. Entre otras razones para actualizarte.



Martha Chapa

Los lingüistas han descubierto, por ejemplo, cómo el largo de las frases ha ido acortándose de siglo en siglo. De 74 palabras en promedio por frase en René Descartes (1596-1650), a 18 en Gustave Flaubert (1821-1880).

Ahora con los avances tecnológicos quien sabe qué vaya a ocurrir en el manejo del lenguaje. Todo está revuelto. Pero si escribes para que otros te lean, tus compañeros del Taller, has adquirido la obligación de escribir cada vez mejor. Además dicen que sólo uno por ciento de los escritores escribe muy bien... Debieras ocuparte de terminar con las cacofonías, considero, para que ataques enseguida otros errores. No debes perder tiempo. Tú, sobre todo. Saludos.

Muñequitas de barrio

Teníamos poco tiempo de habernos mudado a la colonia Obrera, pero de inmediato descubrimos a una familia numerosa y decadente en la que destacaban cuatro hermanas guapas. Dos de aquellas hermanas parecían dispuestas al flirteo, pero también despertamos la ira de los muchachos. Las chicas de la Obrera eran para los chicos de la Obrera, no para nadie de otro rumbo y menos para los selváticos y costeños recién llegados del Soconusco. Incluso hubo un pleito a puñetazos en la calle de Torquemada con final de empate. Luego la mayoría terminó aceptándonos y la minoría lo hizo a regañadientes. Entonces Pepe Chong Solís proclamó que, en tanto hombres de mundo, debíamos invitar al teatro a las hermanas Camacho. Marilyn Monroe acababa de morir, habíamos visto por primera vez en el cine a James Bond y los Beatles exhortaban a los ricos de luneta a que aplaudieran agitando sus alhajas.

En la costa de la selva, en el Soconusco, había salas de cine en los años cincuenta, pero no teatros. En Barrio Nuevo asistí a las funciones de una carpa, la Carpa Chicho, instalada cada año en la Once Calle Oriente. La montaban sobre una reducida meseta, porque antes, rumbo al río Coatán, y enseguida, rumbo al río Tescuiyapa, había sólo veredas serpenteantes de tierra apisonada y a diestra y siniestra hoyancos sembrados de enormes pedruscos, lodazales seis meses y recipientes de polvo otros seis. Poco recuerdo de los números de la Carpa Chicho, pero no olvidaré a una vedete que se llenaba la boca de agua y se la rociaba en la cara a un payaso. ¡Échame la miel!, decía el payaso, a lo mejor en tono obsceno.

¡Échamela toda!, y ella actuaba... Los espectadores nos partíamos de risa.

Pepe Chong Solís, estudiante de la Facultad de Contaduría de la UNAM, y yo de la Facultad de Economía, asistiríamos a un teatro de verdad y, lo formidable, con Ana Luz y con Guadalupe. Nadie las había invitado más que al cine. Fue necesario que dos selváticos y costeños, dos soconusquenses en sus inicios como hombres de mundo, aparecieran en el panorama desalentador de la familia rica venida a menos, sospeché desde siempre. Sin embargo, perdimos el aplomo en cuanto las vimos salir por el estrecho, oscuro y húmedo pasillo del vecindario. Ahí vivían tres hermanos y una hermana, y sus respectivas esposas y esposo con una docena de hijos e hijas, primos entre sí. Ana Luz y Guadalupe aparecieron con el abrigo de gala de la madre, la primera, y con el de una tía la segunda. No habría problema si llegábamos al teatro en camión, como aprendimos a llamar a los autobuses en el DF. Mucha gente abrigada los abordaba. Nosotros íbamos de suéter. En susurros, le dije a Pepe que tomáramos un taxi. ¿Cómo íbamos a llegar al teatro en camión? No alcanza, dijo Pepe, y ellas no han protestado... Pero no sólo era el camión, sino que teníamos boletos de ¡galería! Aún no estábamos preparados, ni de lejos, para autodenominarnos hombres de mundo.

Al día siguiente, platicamos a los integrantes de La Comuna de nuestra primera visita a un teatro profesional. Reían el futuro abogado Armando García Corral, el malogrado ingeniero civil Rafael Gómez Arzeta, el futuro contratista de obras públicas Nayo Gómez Arzeta y el futuro empresario restaurantero El Campana II (a) Víctor Manuel Ordóñez Córdova. Es que habíamos llevado a las Camacho a cenar tacos de cabeza, de lengua y de cachete. Los abrigos debieron haber terminado en la tintorería para quitarles la hedentina a fritanga. Pero ¿qué tal estuvo la función?, preguntó Nayo. Sensacional, dijo Pepe Chong. Ese Marcel Marceau es un genio. ¿De veras?, preguntó Nayito. Sí, contesté, pero apenas le puse atención. Estaba preocupado por el sitio adonde llevaríamos a cenar a las hermanitas abrigadas.

He recordado parte de mi paso por la Obrera ahora que Marcel Marceau (1923-2007) ha muerto y que Ana Luz y Guadalupe deben ser, sin duda, unas lindas abuelitas. 🍷